

Hace 40 años:

# Requiem por Austria

José M.<sup>a</sup> Solé Mariño

**S**ON las cinco y media de la tarde del lunes 14 de marzo de 1938. El pesado automóvil que conduce a Adolf Hitler, Jefe del Estado del Tercer Reich, recorre entre las frenéticas aclamaciones del gentío el Ringstrasse, la grandiosa avenida flanqueada por los grandes edificios que representaron en su tiempo el esplendor del Imperio Austrohúngaro y que en este momento no son más que enormes construcciones desproporcionadas para el tamaño y la pobreza del Estado austríaco. El repique de campanas le acompaña durante todo el trayecto hasta el Hotel Imperial, situado enfrente de la Opera, escenario de tantos fastos ya desaparecidos. La Confederación Austríaca en esos momentos ya ha dejado de existir. El gobierno está en manos de los nacionalsocialistas y solamente existe una fuerza de gran importancia que debe decidir su postura ante la nueva situación impuesta por la fuerza: la Iglesia católica.

Dollfus clausura el Parlamento, prohíbe por decreto todos los partidos incluido el nacionalsocialista, y comienza una dura represión contra los miembros de la socialdemocracia. (En la imagen, el Canciller Dollfus a la salida del palacio de la Sociedad de Naciones de Ginebra.)



**P**ARA Hitler, la anexión de Austria al Tercer Reich, la **Anchluss**, supone una victoria en dos frentes diferentes. Por una parte, el regreso como dueño absoluto a la ciudad que le había visto fracasar en sus intentos de convertirse en pintor y de la que había debido marchar por falta de recursos. Nacido en Braunau, un pequeño pueblo junto a la frontera alemana, en el seno de una humilde familia de funcionarios imperiales, volvía ahora al país que le vio nacer convertido en el **Führer**, el jefe de todos los alemanes. Era en este momento el redentor de todas las germanidades oprimidas, el realizador de los viejos sueños pangermanistas, para los cuales la unión de Austria con Alemania significaba el primer paso para la consecución de los esfuerzos tendentes a establecer el gran poderío alemán en Europa. El otro aspecto de la anexión era el verdaderamente real, dejando aparte los sentimentalismos nacionalistas. Los auténticos fines eran de hecho económico-estratégicos. Hitler perseguía la seguridad de sus fronteras a fin de cubrirse las espaldas en caso del estallido de un conflicto. En este mismo plano militar, la total inclusión de Austria en el Reich suponía una aportación de soldados que servirían para equipar a doce divisiones completas. Económicamente, la industria austriaca caía en manos de la planificación que el partido nacionalsocialista había implantado en Alemania. Además, la mano de obra excedente en Austria —azotada por el paro— serviría para compensar en cierta medida la falta de personal para el trabajo que sufría Alemania, ocupada una gran parte de su población activa en todas aquellas *tareas que implicaba el rearme* derivado del creciente militarismo del Reich.

## DE LA DERROTA A LA DICTADURA: AUGE DEL FASCISMO

Fracasado el proyecto de creación de un Estado federal danubiano que agrupase a los antiguos dominios de los Habsburgo, el emperador Carlos I abandona el país el 13 de noviembre de 1918. El viejo Imperio, que mantenía subyugadas a tantas nacionalidades, se desintegraba para dar paso a nuevos Estados soberanos. Así aparecen Hungría, Checoslovaquia, la Yugoslavia reunificada, Rumanía. Austria queda reducida a

un territorio que no alcanza los ochenta y cinco mil kilómetros cuadrados, con una población inferior a los siete millones de habitantes. Lo que agravaba realmente la cuestión era que el nuevo país comprendía las zonas más pobres del antiguo Imperio, sin que la existencia de complejos industriales en Viena y en Linz pudiese asegurar la supervivencia de unas regiones agrícolas atrasadas y de una población urbana que significaba más de la mitad del total de habitantes. Un tercio de la población de Austria se agrupaba en la capital,



El Ejército, conservador en la mayor parte de los casos, también presta su apoyo aunque de forma algo velada a los partidos fascistas. (Caricatura del canciller Dollfus.)

que había sido construida a escala imperial y ahora no era más que un gigante absurdo dentro de un pequeño país hundido en la indigencia.

La Asamblea Nacional Provisional, órgano que viene a llenar el vacío de poder provocado por el hundimiento total del Imperio, decide redactar una ley fundamental en espera de la promulgación de una Constitución definitiva. En el articulado se declara que Austria, Estado democrático, es parte integrante de la República Alemana, siguiendo las directrices de los pangermanistas que únicamente veían en la unión con la potencia alemana la solución a la difícil coyuntura histórica. La Alemania de Weimar, aunque también derrotada en la conflagración, representaba una fuerza de mucha mayor envergadura que la despojada Austria, y para ésta la unión no podía reportar más que ventajas. Pero los aliados deciden por el tratado de Saint Germain impedir la fusión de los dos países ale-

manes, en previsión de un expansionismo como el que se produciría veinte años más tarde. En consecuencia, obligan a Austria a constituirse en República independiente. Así, el primer día de octubre de 1920, se promulga la Constitución, que convierte a Austria en una Federación de provincias autónomas e instaura las prácticas democráticas como fundamento de la vida nacional. Hacen en ese momento su aparición legal las fuerzas políticas que soterradamente habían venido desarrollándose bajo el autoritarismo del Imperio. Dos corrientes había seguido el socialismo austríaco desde su implantación como principal potencia política del país ya a finales del siglo XIX. Por un lado, el partido socialdemócrata del doctor Adler, y por otro el partido socialcristiano fundado por Karl Lueger, que podía ser considerado como de signo populista. Estos dos partidos enfrentados eran denominados vulgarmente como los **rojos** y los **negros**, y

tenían claramente dividido al país. Los **rojos** dominaban la ciudad de Viena, debido a la fuerte concentración industrial que allí se encontraba, lo que había facilitado la expansión de las doctrinas socialistas más radicales. Los **negros**, por su parte, controlaban las provincias, más reaccionarias y conservadoras. La permanencia en el poder desde el año 1919 de los socialcristianos creaba en la capital una difícil situación, ya que el gobierno del municipio de Viena nunca dejó de estar en manos de la socialdemocracia, lo que creaba enfrentamientos con el poder central, que fueron especialmente graves durante los desórdenes obreros que se sucedieron a lo largo de varios meses en los primeros años de vida de la joven República. Según el ordenamiento político de la Confederación, el poder ejecutivo estaba en manos del canciller, cargo que desempeñó hasta 1932 monseñor Seipel, personalidad que contribuyó fuertemente a crear aquel autoritarismo ca-



Para hacer frente a la influencia socialista, comenzaron enseguida a aparecer con creciente fuerza las escuadras de la Heimwehr, milicias patrióticas que en su origen fueron creadas con fines exclusivamente de defensa contra ataques procedentes del extranjero. (En la foto, la Heimwehr desfilando por las calles de Viena.)



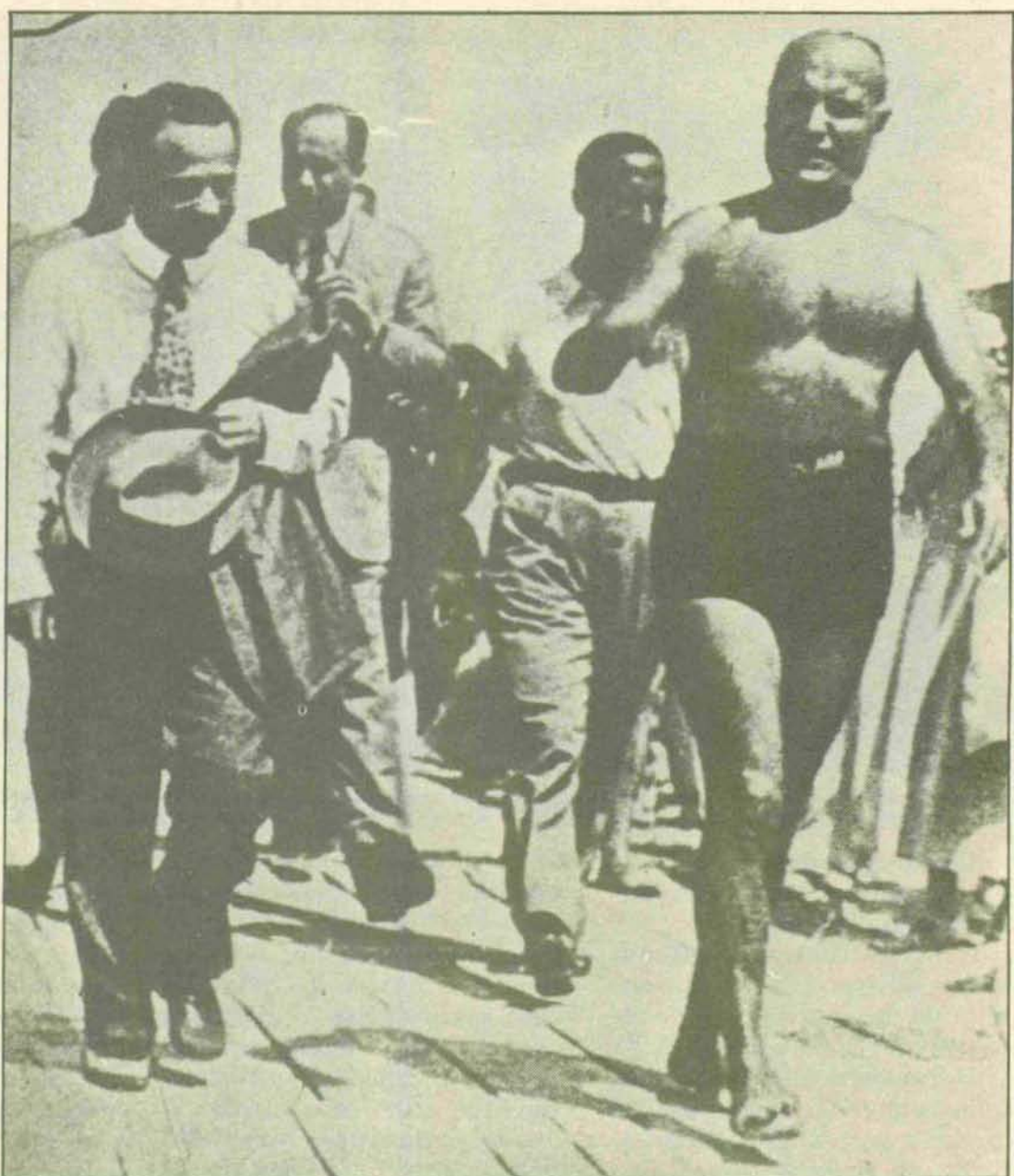
El gobierno de monseñor Seipel, simpatizante desde el primer momento con estas formaciones paramilitares comandadas por el príncipe de Starhemberg, pasa a darles su apoyo público y efectivo. (El sucesor de Seipel en la Cancillería, Dollfus, con Starhemberg.)

tólico que alcanzó con Dollfuss las cotas más altas de contradictoria realidad.

Para hacer frente a la influencia socialista, comenzaron enseguida a aparecer con creciente fuerza las escuadras de la **Helmwehr**, milicias patrióticas que en su origen fueron creadas con fines exclusivamente de defensa contra ataques procedentes del extranjero, sobre todo de la frontera yugoslava. Por esta razón eran las milicias de Carintia las mejor entrenadas y las que constituían la principal fuerza de choque. El gobierno de monseñor Seipel, simpatizante desde el primer momento con estas formaciones paramilitares comandadas por el príncipe de Starhemberg, pasa a darles su apoyo público y efectivo con ocasión de los acontecimientos de julio de 1927, provocados por unas manifestaciones callejeras de los socialistas vieneses que degeneraron en graves alborotos y terminaron por ocasionar el incendio del palacio

de Justicia de la capital. A la huelga general convocada por el comité dirigente del partido socialdemócrata con el fin de poner término a los desórdenes, las milicias patrióticas contestaron con una serie de provocaciones y enfrentamientos con los obreros, lo que les valió el apoyo decidido del Gobierno y de las clases burguesas, temerosas del peligro rojo triunfante en Rusia y que ya había dado un aviso en Berlín, en Munich, en Budapest y en la misma Viena recién terminada la guerra. La actuación paralela de estos grupos perfectamente adiestrados estaba subvencionada por dos conductos principales. Uno estaba constituido por los grandes industriales y el otro provenía del extranjero, principalmente de Alemania e Italia, como era lógico. El proceso de crecimiento y formación definitiva de los partidos de signo fascista o filofascista que durante los años veinte y treinta llegaron al poder o estuvieron muy cerca de él en

la mayor parte de los países europeos es similar, salvando las lógicas diferencias producidas por la realidad socioeconómica de cada uno de los Estados en los que se desarrollaron. Nutridas sus filas por antiguos combatientes, por pequeños burgueses arruinados por el nuevo orden económico, por individuos procedentes de las capas más desasistidas de la sociedad, además de los idealistas y ciertos miembros de los antiguos partidos conservadores ahora radicalizados ante la supuesta amenaza comunista, estos partidos en un principio pequeños en número, van creciendo en tamaño e influencia al hacerse visible su existencia por medio de intervenciones en la vida pública, en la que aparecen como salvaguardadores de los principios conservadores y nacionales frente al avance izquierdista, cuando en realidad no perseguían más que el mantenimiento de una situación de injusticia social aparentemente



El Duce mantenía con el canciller austriaco unas relaciones muy cordiales tanto ideológica como personalmente. El mismo día de su muerte Dollfus iba a salir en dirección a Italia para pasar las vacaciones de verano en una villa próxima a la de Mussolini. (El duce y Dollfus en Riccione, su lugar habitual de verano.)

puesta en entredicho tras el derrumbamiento del viejo tinglado europeo en 1918. La primera táctica para lograr el apoyo de las clases medias y altas consistía en forzar la desestabilización de la forma más llamativa posible. Por eso pueden ser consideradas semejantes las algaradas organizadas en las calles de Viena por las milicias de la Heimwehr, las que en Bucarest montaban los miembros de la **Guardia de Hierro**, las «heroicidades» de los **squadristi** italianos, de los **camisas pardas** alemanes o de los **rexistas** belgas, aparte de toda la amplia fauna de ese color que por

aquellos años floreció extraordinariamente en todo el continente. Cuentan enseguida estos partidos con la ayuda del gran capital y de la aristocracia, que en esa época mantiene todavía una gran preeminencia debido a su carácter de poseedora de la mayor parte de las tierras. La Iglesia lógicamente no puede por menos que sentirse complacida ante estas formaciones derechistas que le aseguran la continuidad del status privilegiado de que venía disfrutando en los países de mayoría católica. El Ejército, conservador en la mayor parte de los casos, también presta su

apoyo aunque de forma algo velada a los partidos fascistas, manteniendo, sin embargo, una cierta reticencia ante el poderío que llegan a alcanzar en el campo bélico, ya que forman una especie de ejército paralelo. Pero los militares profesionales piensan que en un momento dado será más fácil dominar a las milicias fascistas insubordinadas que a la masa obrera desatada en exigencia de sus derechos. Finalmente, una parte importante de las clases medias también admite la preponderancia de los partidos fascistas siempre que no se salgan de unos ciertos límites esta-

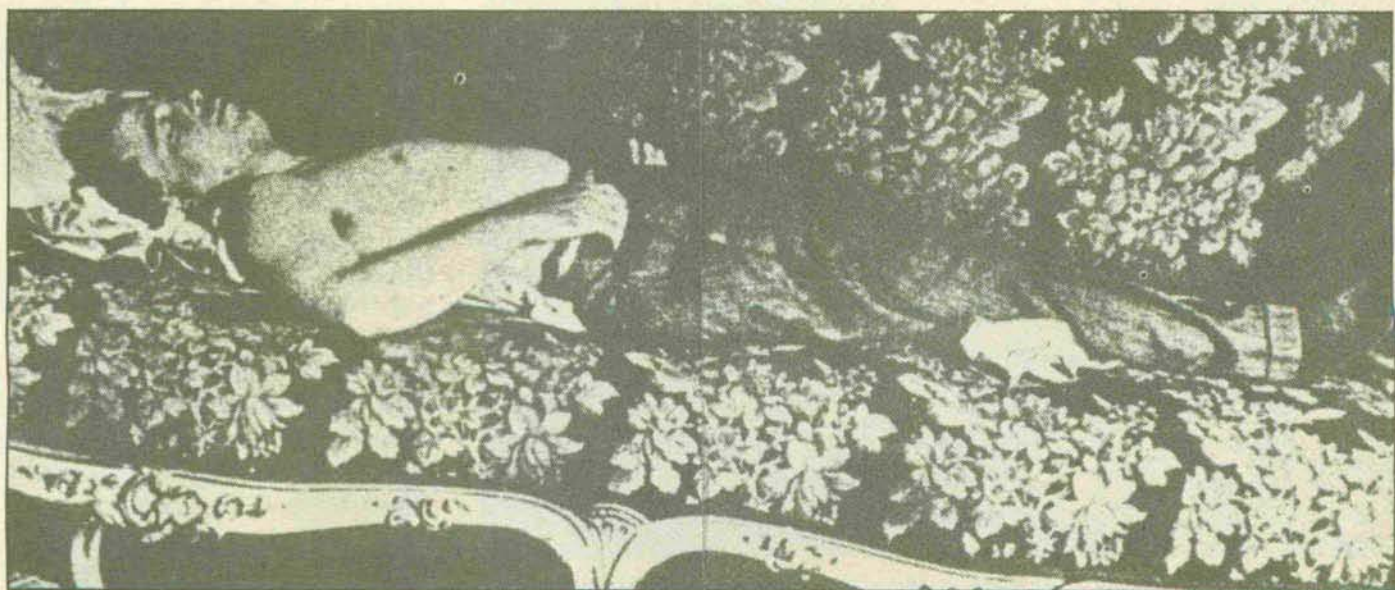
blecidos por la legislación vigente.

### EL AUSTROFASCISMO EN EL PODER (1933-1938)

La crisis de 1929 no hace sino agravar la situación económica y precipitar la descomposición de la débil democracia austríaca. Las luchas callejeras entre grupos socialistas y fascistas son ya un espectáculo corriente en los centros industriales. En marzo de 1933, unos meses después de su acceso al poder, el sucesor de monseñor Seipel, Engelbert Dollfuss suspende el régimen parlamentario e instaura un Estado corporativo que se podría denominar **austrofascista**, basado en un autoritarismo nacional con fuertes ribetes fascistas, pero con una serie de caracteres diferenciales que impiden identificarlo plenamente con los regímenes fascistas de Italia o Alemania. Dollfuss clausura el Parlamento, prohíbe por decreto todos los partidos incluido el nacionalsocialista, y comienza una dura represión contra los miembros de la socialdemocracia, a los que ordena detener mientras cierra sus periódicos y, como culminación del «castigo», reduce a una ter-

cera parte los presupuestos municipales para la ciudad de Viena. El gobierno socialista de la capital había venido llevando a cabo en los últimos lustros una importante labor social sobre todo en lo concerniente al problema de la vivienda, lo que le convirtió en la municipalidad más progresista de Europa. Dollfuss debió considerar que la construcción de viviendas para familias obreras significaba un desafío al poder central o bien pretendió vengarse de sus temidos adversarios en el terreno donde sabía que podía ocasionarles un daño mayor. Como primera reacción a todas estas medidas, las masas obreras de las zonas industriales de Viena y Linz se levantaron en protesta contra el Gobierno, provocando tres días de lucha continuada en las calles que obligaron al uso de la artillería por parte del Ejército y propiciaron otra salida espectacular de las formaciones fascistas para «restablecer el orden». Finalmente, los dirigentes obreros depusieron la lucha y se entregaron a las fuerzas policiales. A partir de este momento, el único partido permitido y potenciado desde las alturas del poder es el **Frente Patriótico**, de clara

inspiración fascista y nacionalista. La **Heimwehr**, que ya en 1927 había demostrado por vez primera su eficiencia como fuerza represiva pasa a constituir prácticamente la totalidad de la fuerza policial de Austria y su jefe, Starhemberg, es nombrado vicescanciller del Gobierno. Enseguida, Dollfuss promulga una nueva Constitución de signo autoritario que establece el sistema corporativo de Estado para la República. La ideología que la informa es la católica y pone al Estado «bajo la autoridad de Dios omnipotente, de quien emana todo derecho». Esta construcción política, edificada sobre la doctrina social de las encíclicas **Rerum Novarum** y **Quadragesimo Anno**, de León XIII, califica al régimen dictatorial de Dollfuss como un autoritarismo católico muy **sui generis** teniendo en cuenta la época en la que se produce y el elevado nivel cultural del país que lo soportó durante cinco años. El régimen se inspira en los fascismos dominantes en los países colindantes, pero carece del apoyo de las masas que tanto en Italia como en Alemania habían favorecido en gran medida la ascensión de los dictadores. Dollfuss no era



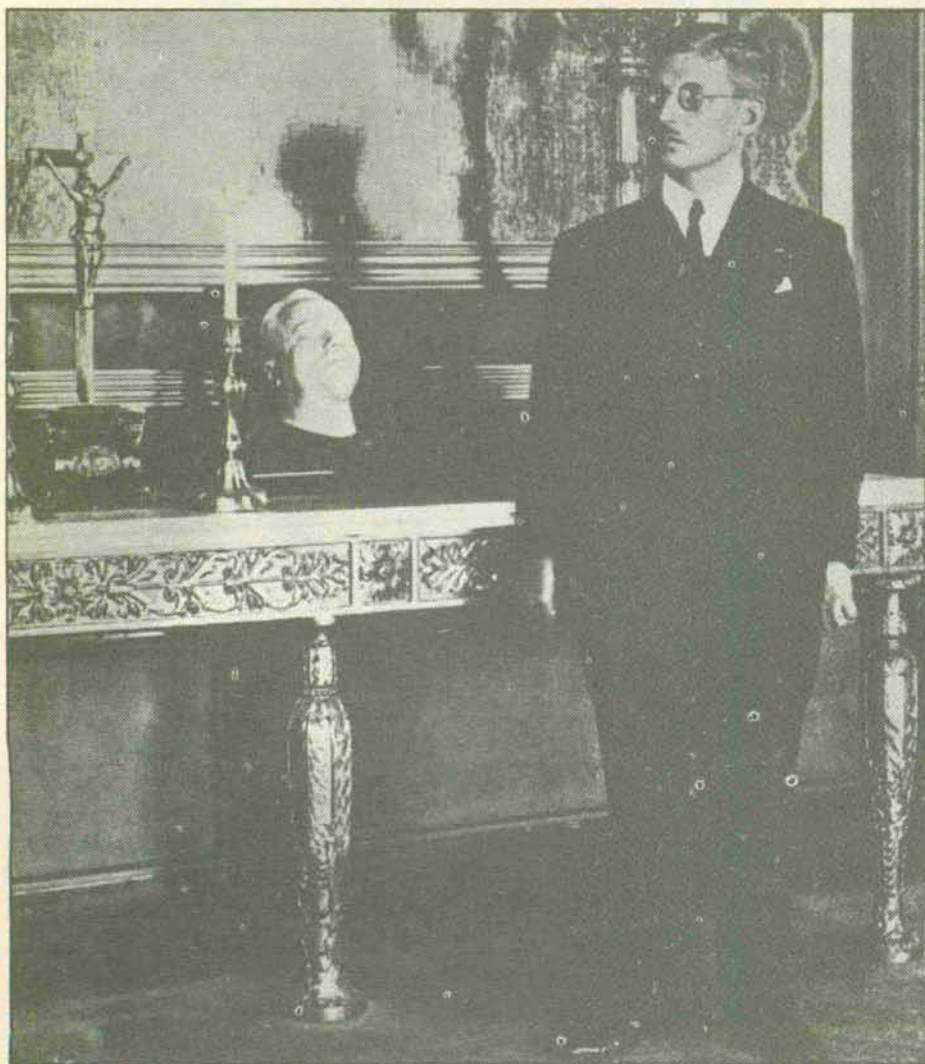
Con varios disparos de bala en el cuerpo es depositado sobre un sofá en la sala de los Consejos y va a desangrarse a lo largo de varias horas sin que sus asesinos logren sacarle la firma de su renuncia.

más que un representante de los partidos conservadores del desaparecido Imperio, los mismos que en Hungría habían impuesto el régimen de terror blanco que siguió a la experiencia soviética de Bela Kun en 1919. El canciller austriaco se oponía tanto a los socialistas como a los nacionalsocialistas, formaciones en las que veía un internacionalismo peligroso para la inestable independencia de Austria. Tampoco contaba con la buena voluntad de la influyente aristocracia, ni con la de los militares, ni incluso con el respaldo del clero, ya que todos estos sectores hubieran preferido ver instalado en Viena un régimen declaradamente nazi. También se oponía al canciller la totalidad de

la gran burguesía judía, que controlaba una parte importante del capital financiero y que temía por su seguridad ante el carácter antisemita del régimen. Por su parte, el partido Socialdemócrata, intentando salvarse de la destrucción, ofrece su apoyo al canciller, pero éste lo rechaza y prosigue implacablemente la persecución de sus miembros. En ese momento se calcula que apenas el diez por ciento de la población de Austria es favorable a las medidas tomadas por el canciller. El partido nacionalsocialista, puesto fuera de la ley en febrero de 1934, no cesa de realizar acciones subversivas casi siempre en contra del Ejército, utilizando esta vieja táctica para obligarle a salir de su

situación pasiva dando un golpe de fuerza que arrojase a Dollfuss del poder instalando posteriormente un régimen definitivamente nacionalsocialista. En el mes de enero de 1934, más de ciento cuarenta atentados de ese tipo se suceden en todo el país, mientras la Legión Austríaca, formada por unos quince mil excombatientes expulsados del Ejército en razón a su ideología, espera al otro lado de la frontera con Baviera la ocasión de entrar como conquistadores en su propio país. Esta formación militar contaba con el beneplácito de un cierto número de jefes y oficiales en activo pero carecía en absoluto del favor de las masas trabajadoras que no veían en ella más que a una agrupación de indeseables que allí encontraban un puesto que en cualquier otro lugar les hubiera sido negado.

El partido nacionalsocialista austriaco en combinación con el Gobierno de Berlín y con la ayuda de simpatizantes en el interior, venía preparando desde hacía tiempo un golpe contra el canciller, con el fin de instalar un Gobierno títere del Tercer Reich en Viena. Ultimados los planes, el día fijado para la acción es el 25 de julio de 1934, aprovechando la ausencia de la capital del Presidente de la Confederación, cuyo papel meramente representativo le hacía también útil para la situación subsiguiente al supuesto éxito de los conspiradores. El doctor Antón Rittelen sería el nuevo canciller y hombre de paja de Hitler en Viena. En los planes de los golpistas figuraba la detención del Gobierno en pleno y el anuncio al pueblo de los cambios efectuados. Muchos miembros de la policía estaban si no complicados en el complot, sí enterados de su existencia e incluso del horario concreto previsto para la



Kurt von Schuschnigg sucede en el cargo de canciller al asesinado Dollfuss. De carácter dictatorial y antinazi, muy parecido a su antecesor, pero sin la carga del clericalismo, no podrá evitar el amenazador aumento de la influencia alemana en el país. (Schuschnigg, en la Cancillería ante la mascarilla de Dollfuss.)

realización de los planes. Reunidos en un gimnasio de la ciudad, trescientos nazis se preparan para actuar y a fin de llegar a sus objetivos con la mayor seguridad van vestidos con uniformes de la Policía y del Ejército, lo que permite a la mitad de ellos apoderarse de la emisora central de radio y difundir un comunicado anunciando la dimisión de Dollfuss y la formación de un Gobierno presidido por el doctor Rittelen. Pero las fuerzas policiales y del Ejército han sido puestas en situación de alarma debido a varias filtraciones de información que señalaban para ese día el intento de golpe y ciento cincuenta nazis se ven encerrados en el edificio de la Cancillería como en una ratonera. Dollfuss ha disuelto la reunión del consejo de ministros hace unas horas y se encuentra en su despacho. Penetran en la estancia una docena de hombres vestidos con uniformes militares que le exigen la dimisión inmediata, a lo que se niega repetidamente. En medio de la refriega que se organiza debido a la presión que ejercen las fuerzas de la Policía desde el exterior del edificio Dollfuss es herido por los fracasados golpistas. Con varios disparos de bala en el cuerpo es depositado sobre un sofá en la sala de los Consejos y va a desangrarse a lo largo de varias horas sin que sus asesinos logren sacarle la firma de su renuncia, por lo que se niegan a traer a un médico o al sacerdote que el moribundo ha solicitado. Cuando por la tarde es desalojado el edificio el canciller ya ha fallecido. Hitler, para demostrar su completa ignorancia y, por tanto, su no complicidad en los sucesos de Viena, se ha trasladado la víspera a Bayreuth, en donde presencia las representaciones escénicas de las obras de Wagner, en medio de la opresiva fastuosidad de los



El 9 de marzo, el canciller anuncia la celebración de un plebiscito a través del cual el pueblo austriaco expresaría su voluntad acerca de la unión con el Tercer Reich. (Cartel propagandístico.)

acontecimientos nazis. Mientras asiste a la puesta en escena de **El oro del Rin** es informado del fracaso del complot y de la cólera de Mussolini al enterarse del fallido **putsch**. El **Duce** mantenía con el canciller austriaco unas relaciones muy cordiales tanto ideológica como personalmente. El mismo día de su muerte Dollfuss iba a salir en dirección a Italia para pasar las vacaciones de verano y allí ya le esperaba su familia en una villa muy próxima a la de Mussolini. Este, al ser informado de los acontecimientos de Viena, ordena movilizar al Alto Mando del Ejército en Verona y concentra sus tropas

en el paso del Brennero, en la frontera con Austria. Esta demostración de fuerza hace retroceder a Hitler en sus pretensiones anexionistas. En 1934 Mussolini conserva todavía la independencia para la desfalleciente República de Austria. El **Fuhrer** deberá esperar otra oportunidad, que se le presentará de forma definitiva cuatro años más tarde.

#### LA RECTA FINAL HACIA EL ANCHLUSS (1934-1938)

Kurt von Schuschnigg sucede en el cargo de canciller al asesinado Dollfuss. De carácter dictatorial y antinazi, muy





El plan táctico preveía la entrada de las tropas a través de la frontera común y la rápida ocupación de las ciudades y del campo, mientras que las fuerzas aéreas que apoyaban esta acción lanzarían sobre todo el territorio austriaco octavillas invitando a la población a cooperar con los ocupantes. (Octavilla a favor de una «gran Alemania».)

parecido a su antecesor, pero sin la carga del clericalismo, no podrá evitar el amenazador aumento de la influencia alemana en el país, aumentada ahora con la infiltración de miembros de la Gestapo, que ejercen una fuerte presión psicológica sobre el pueblo, ya que tienen fichados a gran parte de los componentes de los partidos de izquierda. Y nadie se atreve a actuar en su contra por temor a futuras represalias. Cuando el 11 de julio de 1936 Austria firma con

el Tercer Reich un tratado de amistad y cooperación que de forma efectiva supone la aplicación de una serie de concesiones de Schuschnigg a su poderoso vecino, ya nadie piensa en un largo futuro independiente para Austria. La anexión, según todos los observadores, será solamente una cuestión de tiempo. Ahora, en virtud del convenio, los antiguos nazis detenidos son puestos en libertad, incluso los participantes en el asesinato del anterior canciller. Otros

afiliados al partido nacional-socialista pasan a ocupar cargos administrativos del Estado en puestos de fundamental importancia. Austria va cayendo poco a poco en las garras del Tercer Reich. Y ahora Mussolini, su antiguo aliado, no podrá defenderla ya que ha firmado con Hitler el **Pacto de Acero** y la existencia de una pequeña nación independiente no es tan importante como la amistad de un potente asociado. Austria está, pues, completamente sola.

Impaciente por comenzar a poner en práctica sus planes anexionistas y cansado de esperar cuatro largos años desde el último intento, Hitler decide pasar a la acción en la cuestión austriaca, en un momento en que sus maniobras podían tener resultados positivos al unirse al aislamiento exterior de Austria la enorme labor de zapa que el clandestino partido nacional-socialista austriaco había venido desarrollando en ese intervalo de tiempo. A fin de aclarar definitivamente las posiciones, convoca al canciller Schuschnigg a su refugio de Bechesgaden el 12 de febrero de 1938. Ante la débil posición del jefe del Gobierno austriaco, el **Führer** se crece en sus pretensiones y exige unas concesiones vergonzosas para cualquier político en conversaciones bilaterales. Schuschnigg había preparado una serie de puntos para presentar a su oponente, pero los servicios secretos alemanes que operaban en Viena con absoluta impunidad y cuyos tentáculos alcanzaban hasta las más altas esferas habían informado previamente a Berlín de estos planes de actuación, por lo que la conversación entre los dos políticos se convirtió enseguida en la penosa lucha entre el gato y el ratón, sabiéndose de antemano cuáles van a ser los re-

sultados a pesar del aparente juego limpio de que se hace gala. Las pretensiones de Hitler estaban basadas en una entrega casi total de las instituciones del Estado austriaco en manos de los miembros del partido nacionalsocialista dominados por los mandatos de Berlín. Exigía concretamente el nombramiento de Seyss-Ynquart, cabeza de los nazis austriacos, como ministro del Interior, lo que vendría a significar que el partido sería el controlador del orden público y de la seguridad interna, lo que permitiría el fomento total de las actividades nazis en el país. En el aspecto militar, las exigencias eran insultantes, ya que se pretendía la inclusión de varios cientos de oficiales de la **Wehrmacht** en el Ejército austriaco. Además, en el plano económico, los sistemas de los dos países se asimilarían en beneficio, naturalmente de la economía del Reich, ya que esto era precisamente el principal factor de la anexión. Austria sería el primer campo de expansión del imperialismo alemán, que ya precisaba de la exportación

de capital y del aprovisionamiento seguro y barato de materias primas como premisas necesarias para su desarrollo. En un momento dado durante la entrevista y en medio de uno de sus característicos accesos de cólera que tanto impresionaban a sus interlocutores, sobre todo si éstos se encontraban en situación de inferioridad con respecto a él, Hitler preguntó a Schuschnigg si con sus negativas pretendía convertir a Austria en otra España, aludiendo así directamente a su activa participación en la guerra civil española, que en aquellos momentos había pasado a convertirse en campo de prueba del enfrentamiento de dos ideologías, basadas en intereses de grupos sociales contrapuestos: el pueblo y la oligarquía. Ante la fuerza de las presiones y de las amenazas directas en las que el **Führer** alude a una posible y rápida invasión del territorio austriaco en caso de una negativa a sus pretensiones, Schuschnigg se somete parcialmente a los deseos del dictador alemán y abandona el refugio alpino

para entrar en su país por Salzburgo y dirigirse a Viena a fin de conferenciar con su Gobierno e informar al Presidente de la Confederación.

Aparentemente Schuschnigg se ha doblegado a las presiones de Hitler, ya que en definitiva no le quedaba otra solución a plazo inmediato. Pero el 9 de marzo, aprovechando una reunión en Innsbruck del Frente Patriótico —cuyos miembros eran completamente adictos al Gobierno a pesar de su talante fascizante— el canciller anuncia la celebración de un plebiscito a través del cual el pueblo austriaco expresaría su voluntad acerca de la unión con el Tercer Reich. En Berlín la noticia cae como una bomba aunque en los días precedentes los servicios de espionaje ya habían adelantado información sobre esta posibilidad sin que el ministerio alemán de Asuntos Exteriores considerase siquiera la verosimilitud de esos informes, ya que tal atrevimiento por parte de Schuschnigg significaría un definitivo enfrentamiento con Hitler. El pueblo austriaco,



En Berlín, es el mariscal Goering quien empuja al todavía vacilante Hitler hacia acciones definitivas y exige ahora la dimisión de Schuschnigg como jefe del Gobierno y su sustitución por Seyss-Ynquart. (Goering es recibido en Viena por Seyss-Ynquart.)

tanto las izquierdas imperantes en la capital como las derechas que dominaban las provincias, siempre había sido mayoritariamente partidario de una unión con la República de Weimar. Pero a partir de 1933 cuando la subida de Hitler al poder puso fin a la vida parlamentaria al otro lado de los Alpes, la idea de esta unión con una dictadura cada vez más despiadada había ido perdiendo fuerza en la mente de los antiguos partidarios de la fusión. La mayor parte de los partidarios de esta solución se centraba en 1938 en la juventud, claramente pronazi, por lo que para el plebiscito se fijó la edad de veinticuatro años como mínimo necesario para poder emitir el voto. Por otra parte, los detalles técnicos de la consulta presentaban multitud de dificultades ya que el último censo efectuado en 1930 estaba ampliamente superado, por lo que la votación se efectuaría mediante la simple exhibición de una tarjeta de identidad.

Hitler, sorprendido por la audacia del canciller austriaco, le acusa de haber roto el convenio de Bechtesgaden y anuncia una intervención militar en Austria, a fin de «restablecer la paz y el orden, así como proteger a los alemanes allí residentes» que, según él

se encontraban amenazados. El Estado Mayor de la **Wehrmacht** estudia la puesta en práctica de la **Operación Otto**, que había sido preparada en julio de 1937 ante la posible vuelta de Otto de Habsburgo, lo que hubiera significado la restauración monárquica en Austria que Hitler no quería admitir. El plan táctico, perfectamente trazado en todos sus detalles, preveía la entrada de las tropas a través de la frontera común y la rápida ocupación de las ciudades y del campo, mientras que las fuerzas aéreas que apoyaban esta acción lanzarían sobre todo el territorio austriaco octavillas invitando a la población a cooperar con los ocupantes. Por otra parte, se indicaba que cualquier resistencia debería ser aniquilada por la fuerza y en el menor plazo de tiempo posible. Curiosamente, añadía que ante la posible permanencia de tropas checas en el territorio de Austria, sus componentes deberían ser tratados en la misma forma que los pertenecientes al Ejército del país invadido, mientras que ante una eventual aparición de unidades italianas, éstas deberían recibir un trato amistoso. En 1938, para Hitler todavía era fundamental contar con el apoyo o al menos con la no oposición de Mussolini.

## AUSTRIA, MARCA ORIENTAL DEL TERCER REICH

El día 11 de marzo varias unidades del Ejército alemán están estacionadas en los pasos limítrofes con Austria, que ha cerrado herméticamente sus fronteras y ha suspendido el tráfico ferroviario hacia el norte. Schmidt, ministro austriaco de Asuntos Exteriores, intenta ponerse en contacto con sus colegas de Londres y Roma, pero únicamente se le responde con evasivas. Ni Italia ni Gran Bretaña piensan que el caso de Austria merece que se enfrenten al cada vez más poderoso potencial del Reich, y Francia está en plena crisis ministerial con lo que es imposible contar con una acción efectiva por su parte. Las embajadas extranjeras en Viena adoptan la misma actitud de espera ante los acontecimientos y de no intervención en los asuntos internos entre alemanes. A primera hora de la mañana, Seyss-Ynquart, el líder de los nazis austriacos, lleva a la Cancillería las condiciones que Hitler impone para no ocupar el país: retrasar algunas semanas el plebiscito y celebrarlo entonces bajo determinadas formalidades, lo que supondría un control nazi de la votación. Fija en las doce horas del mediodía la hora límite para la aceptación, retrasándola luego hasta las tres de la tarde a fin de que Schuschnigg informase al Presidente Miklos. El Gobierno cede a estas pretensiones y declara el estado de excepción y el toque de queda a partir de las diez de la noche. Mientras tanto, durante toda la tarde, inmensas manifestaciones comunistas recorren las calles de Viena en apoyo del Gobierno, que al mismo tiempo ha recibido el respaldo del prohibido partido socialista. Desde la mañana, fuerzas del Ejército y de la policía controlan el centro



A las tres de la madrugada, los alemanes han traspasado las fronteras de Austria, que ya no se cerrarán hasta siete años más tarde. (Los aduaneros austriacos ayudan a las tropas alemanas a derribar las barreras que separan ambos países.)



El mismo día 12 por la tarde, el Führer entra en Austria. Recibido con muestras de alegría por la población de los lugares que atraviesa, visita su pueblo natal de Braunau y atravesando la llanura cruza el centro industrial de Linz y hace su espectacular entrada en Viena el día 14.

de la capital, donde se hallan los edificios gubernamentales y los centros neurálgicos, como las emisoras, las centrales de teléfonos y de correos, etc. Asimismo, las estaciones de ferrocarril —sobre todo la Westbahnhof, terminal de las líneas con Alemania— están bajo fuerte vigilancia militar. En Berlín, es el mariscal Goering quien empuja al todavía vacilante Hitler hacia acciones definitivas y exige ahora la dimisión de Schuschnigg como jefe del Gobierno y su sustitución por Seyss-Ynquart, pretensión a la que se niega el Presidente Miklos. A esas últimas horas de la tarde del día 11, los nazis austríacos se manifiestan por todo el país ante la inminencia de la entrada de las tropas alemanas, ya que nadie piensa que las amenazas de Hitler van a quedar solamente en una demostración de fuerza sin más consecuencias. Schuschnigg habla entonces por radio al pueblo austríaco y le informa del ultimátum que le ha sido presentado, finalizando la alocución con estas palabras: «El presidente me ha encargado de informar al

pueblo austríaco de que renunciamos al empleo de la fuerza. Bajo ningún concepto deseamos que en esta dramática hora se derrame sangre alemana, y hemos ordenado a nuestro Ejército que se retire sin ofrecer resistencia y espere la decisión y los acontecimientos de las próximas horas... Me despido del pueblo austríaco con una frase sincera y un deseo en el corazón: ¡Dios proteja a Austria!» Alrededor de la medianoche del largo día 11, el Presidente Miklos consiente en confiar a Seyss-Ynquart la formación de un gobierno totalmente nazi. El país está tranquilo, pero las emisoras de radio alemanas no cesan de proclamar que la revolución se ha adueñado de Austria, lo que hace imprescindible la intervención de la **Wehrmacht** para sofocarla. A lo largo de esa noche se suceden los suicidios de personas comprometidas en la resistencia a las influencias nazis, que prefieren darse muerte en lugar de caer en manos de la Gestapo, que ya está actuando con total libertad y efectúa más de setenta y seis mil detenciones en las horas que

preceden a la entrada de las tropas alemanas. A lo largo de la mañana del día 12, la estampida es general. Las estaciones ferroviarias y las carreteras que conducen a Praga, a Budapest y a Suiza están atestadas por muchedumbres que intentan huir de la amenaza que significan los nazis instalados en el Gobierno. Las embajadas extranjeras y los consulados no cesan de acoger fugitivos desde hace varias horas. A las tres de la madrugada, los alemanes han traspasado las fronteras de Austria, que ya no se cerrarán hasta siete años más tarde. La población de los pueblos que van atravesando les recibe con alegría, lanzando ramos de flores a su paso. La ocupación es completa y pacífica al no encontrar resistencia de ningún tipo. Cerca del mediodía, Himmler, **reichführer** de las **SS**, llega al aeropuerto de Viena para preparar la llegada de Hitler. Las tropas alemanas llevan ya varias horas entrando en la capital, desfilando por la **Mariahilferstrasse** y convirtiendo a la ciudad en un inmenso campamento militar, ornado por



Ante el entusiasmo de la población y la facilidad con que se había llevado a cabo la invasión, el Führer desecha la idea primitiva de una unión personal entre Austria y el Reich y decide la anexión total del país. (El 15 de marzo de 1938, en la Heldenplatz de Viena, Hitler es saludado por una delegación de los Sudetes.)

enormes banderas con la **svástica**. El Ringstrasse es un río de uniformes militares y de camisas pardas flanqueado por la entusiasta población agrupada en las aceras. El mismo día 12 por la tarde, el **Führer** entra en Austria. Recibido con muestras de gran alegría por la población de los lugares que atraviesa, visita su pueblo natal de Braunau y atravesando la llanura cruza el centro industrial de Linz y hace su espectacular entrada en Viena el día 14. Las campanas de todas las iglesias ponen un fondo sonoro al griterío de las ingentes multitudes que acuden a recibirle a lo largo de las amplias avenidas. La ciudad está completamente engalanada con banderas nazis.

Ante el Hotel Imperial los videntes son delirantes y alcanzan su punto culminante al atardecer, cuando el anciano cardenal Innitzer, arzobispo de Viena y Primado de Austria, acude a saludarle. Con este gesto, la Iglesia austriaca avala la anexión. El enorme poder de la institución eclesiástica en un país de abrumadora mayoría católica, se va a poner al lado del vencedor por la fuerza de las armas. Hitler, dándole al hecho de la anexión el tinte entre teatral y patético que tanto utilizó en su política demagógica, se apresura a declarar: «Anuncio al pueblo alemán el cumplimiento de la misión más importante de mi vida». Al mismo tiempo, envía a Musso-

lini el famoso telegrama —«Duce, esto no lo olvidaré nunca»— agradeciéndole su abstención en los hechos, contrariamente a lo sucedido en 1934, que en realidad no había supuesto más que una demora en la anexión que ya se veía segura desde hace mucho tiempo antes. En 1938, a Hitler todavía le importaba decisivamente el respaldo de una Italia fuerte militarmente y que constituía la cuna moral del fascismo.

Ante el entusiasmo de la población —si no de toda, en verdad de una gran parte— y la facilidad con que se había llevado a cabo la invasión, el **Führer** desecha la idea primitiva de una unión personal entre Austria y el Reich y decide la anexión total del país. Enseguida, la economía austriaca es puesta al servicio de la alemana y el sucursalismo viene a constituir la realidad de un país pronto desengañado de las promesas del dictador. Himmler y Heydrich —el futuro verdugo de Praga— dominan la situación. Los partidos políticos excepto el nacionalsocialista son perseguidos cruelmente y las detenciones indiscriminadas se suceden sin interrupción. El ex canciller Schuschnigg y todo su Gobierno van a parar a la prisión de la que no saldrán hasta 1945. Mientras, los abusos de poder, el terrorismo apoyado desde las alturas del Gobierno y la corrupción generalizada son los factores definitivos del nuevo orden. La rápida creación en territorio austriaco del campo de concentración de Mauthausen, que se convertiría posteriormente en uno de los más tristemente célebres campos de exterminio, es otro paso más en el camino de la provincialización de Austria dentro de la totalidad del Tercer Reich. La mayor parte de los intelectuales opuestos a la anexión y que

continúan en el interior del país son detenidos. El de mayor prestigio entre ellos, Sigmund Freud, el inventor del psicoanálisis, debido a su celebridad mundial consigue abandonar el país el día 4 de junio, tras comenzar a verse presionado por la Gestapo con el dubitativo consentimiento de los nuevos poderes públicos que todavía en aquel momento no podían indisponerse con los Gobiernos de las democracias occidentales. Comenzaba a verse pronto la verdadera realidad de la **Anchluss**. Los aplausos entusiastas con que las tropas alemanas habían sido recibidas en el país habían ocultado a una mirada superficial que la anexión se había basado en un acto de fuerza, en una vulgar ocupación militar. El espíritu y la personalidad propias de Austria fueron destruidos, pasando la antigua República a convertirse en una más de las provincias del Reich, la **Ostmark** o Marca Oriental.

A lo largo de los primeros años de la guerra, la resistencia interior fue aumentando en número y fuerza de sus efectivos, contando además a partir de 1943 con el apoyo expreso de la Iglesia Católica, también decepcionada con el régimen y deseosa de hacer olvidar su inicial colaboracionismo con los nazis. El precio que Austria hubo de pagar durante las hostilidades significó una durísima carga para el pequeño país, ya que fueron trescientos mil los muertos —alrededor del cinco por ciento del total de la población— y más de doscientos sesenta mil los mutilados. Además, como consecuencia de su pertenencia efectiva al territorio del Tercer Reich, tras la brutal invasión por los ejércitos soviéticos el país y la capital fueron divididos en cuatro zonas correspondientes a las potencias vencedoras, de la

misma manera que lo fue el territorio propiamente alemán. El control administrativo de las cuatro potencias permite la formación de un Gobierno provisional y la celebración de elecciones en ese mismo año de 1945. Destruída casi por completo su riqueza nacional, Austria va a recibir la ayuda del plan Marshall mientras el Gobierno tratará por todos los medios de conseguir la retirada de las fuerzas invasoras. Pero esto no se logra hasta diez años más tarde. El día 15 de mayo de 1955, Molotov, Eden, Pinay y Foster Dulles firman en el palacio de Belvedere de Viena el Tratado de Estado que pone fin a la ocupación. Exactamente el 25 de octubre sale de Austria el último soldado extranjero, con lo que Austria vuelve a recobrar su libertad. En 1938 la ceguera y el temor de las democracias occidentales habían permitido la anexión de

un Estado independiente por parte de otro, sin presentir que eso no era más que el primer paso en un expansionismo que si aparentemente venía determinado por el factor ideológico, en realidad dependía de las necesidades de un capitalismo a punto de ser estrangulado por la falta de difusión. El fin último del sistema nacionalsocialista alemán no era simplemente hacer ondear la bandera nazi sobre la torre Eiffel o por encima de la Acrópolis, sino obtener territorios que por una parte absorbiesen los bienes producidos por su complejo industrial, y, por otro, proveedores de materias primas sin las cuales hubiera sido imposible continuar la producción. Austria será el primer peón, al que seguirá la mayor parte de Europa en una orgía desenfrenada de violencia que conducirá a la muerte a millones de hombres. ■ J. M. S. M.



Uno de los intelectuales de mayor prestigio, Sigmund Freud, el inventor de psicoanálisis, debido a su celebridad mundial consigue abandonar el país el día 4 de junio, tras comenzar a verse presionado por la Gestapo con el dubitativo consentimiento de los nuevos poderes públicos. (Freud en París, camino de su definitivo exilio londinense.)